



Experiencias educativas que configuran totalidades sinérgicas

Carlos Calvo Muñoz
carlosmcalvom@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-5912-4396>
La Serena, Chile

Aprendemos de la vida

Aprendemos de la vida, de sus devenires que acaecen, a veces ajustándose a alguna programación, pero en muchas otras ocasiones sorprendiéndonos por sus emergencias que nos deslumbran con lo inesperado o nos derrumban porque altera lo que suponíamos estable. Todo está interrelacionado, cualquier perturbación nos afecta en alguna medida y no podemos escapar de sus implicaciones. Ahora bien, en contextos escolares, nos advierte sobre la importancia de no confundir consistencia curricular con inflexibilidad metodológica para evitar la variada diversidad de procesos de enseñanzas y aprendizajes que se desarrollan constantemente en cada persona y grupos a lo largo de la vida. Estas heterogeneidades favorecen la creación y sustentación de ecosistemas en el que todo se retroalimenta constantemente.

Para atender lo precedente, la escuela debe liberarse de toda tentación de uniformidad en sus procesos de enseñanzas y aprendizajes, así como en los de evaluación, que no significa no definir criterios, pero estos deben ser genuinamente educativos y no escolarizados. Serán educativos si favorecen la creación de relaciones; en cambio, serán escolarizados si orientan hacia la repetición de relaciones (Calvo, 2023). Todo proceso educativo alienta el advenimiento de enseñanzas heterogéneas y de aprendizajes respetuosos genuinos de la subjetividad de cada participante, independiente de cualquier consideración formal.

Comprenderemos mejor esta perspectiva si reparamos en que toda vivencia es relacional; todo aprendizaje implica alguna ilación, vínculo o nexo, que el(la) educando(a) intentará desvelar. Quien educa no debe centrarse en si se acierta o yerra en el proceso, sino en qué se ha observado, descrito o comparado y qué le condujo a ese resultado, que siempre es y será provisorio. Durante esos procesos,

plurales y diversos, enlazamos lo que experimentamos con lo que hemos vivido y también con nuestras expectativas, anhelos, temores o frustraciones. Lo hacemos, aunque no seamos conscientes de ello. Siempre las interpretamos, filtrándolas de acuerdo con nuestras vidas, configuramos recursividades que avanzan, algunas veces, y retroceden otras, pero nunca replican la misma travesía. En cualquier momento de ese transcurrir podemos sorprendernos por algo que puede despertar nuestra imaginación y convertirse en un punto de inflexión que nos lanza hacia lo inédito asombroso, que podemos ignorar y continuar como si nada. De hecho, no podemos prestar atención a todo lo que nos estimula incesantemente. Esto, sin embargo, es totalmente diferente a las implicaciones que tiene la rutina en la enseñanza. El acostumbramiento puede ilusionar a un(a) docente llevándole a creer que tiene tantos años de experiencia como el de ejercicio profesional, cuando tal vez solo tiene un año de experiencia y el resto solo de repetición rutinaria, que cansa y agobia.

Aprendizajes informales incompletos, pero indispensables

Cuando éramos pequeños(as) todo era experiencia y la rutina no nos invadía porque estábamos atentos(as) a explorar lo que nos desafiara, especialmente si implicaba algún riesgo que las personas mayores se encargarían de evitar, no siempre con éxito porque la porfía podía más que la admonición o el castigo. Claro está que nunca podíamos elegir todo porque es inviable. Sin embargo, y esto es medular, si bien es imposible que pudiésemos atender a todo lo que nos estimulaba, a aquello que prestábamos atención lo observábamos con todos nuestros sentidos y sometíamos a pequeñas perturbaciones para saber qué pasaría con esas alteraciones.



De este modo, tan sencillo y complejo, paulatinamente develábamos aquellos patrones que nos permitían inferir que cualquier proceso, fuera natural, social, ético, artístico o del tipo que fuera, se autoorganizaba siempre en interrelación con otros. Al mismo tiempo que esto nos dilucidaba algún misterio, siempre ocurría acompañado de confusiones intrigantes y de muchísimos disparates y errores, pero de los que paradójicamente aprendíamos e integrábamos en totalidades parciales e incompletas, y que solo ocasionalmente lo hacíamos bien y muchas mal. A pesar de todas las vicisitudes esos aprendizajes informales se entrelazaban y conformaban lo que reconocemos como nuestras experiencias y que nos permiten orientarnos en el vivir cotidiano.

Los aprendizajes escolares deberían arraigar en esos nutrientes, no porque sean correctos, pues la mayoría no lo es, sino por el modo como los hemos aprendido e internalizado y cómo nos orientan en la vida. No olvidemos que esos aprendizajes informales se tensionan dinámicamente en un ir y venir desde el caos al orden y de este al otro, sin que ninguno de ellos sea prioritario *per se*, sino que siempre su preeminencia dependerá de las condiciones iniciales que los desencadena, siempre entremezclados con otros procesos. La prolijidad y pulcritud no es su característica central y allí reside su riqueza incommensurable.

Cuando el(la) aprendiente lo amerite, se concentra en algún aspecto y desecha temporalmente al resto de los estímulos. Basta ver a una persona concentrada en alguna tarea para comprobarlo. A propósito de concentración, en la mayoría de los casos cuando nos ensimismamos parecemos estar distraídos y despistados. ¡Cuántas veces fuimos reprendidos en la escuela por estar *pajaroneando*, divagando y ajeno a

lo que sucedía a nuestro alrededor! Recordemos que la distracción se sanciona negativamente en la escuela y se espera que quien enseña motive a quienes aprenden para que puedan seguir sus explicaciones y ejercicios previamente planificados de acuerdo a criterios normativos y adultocéntricos. Se supone que los procesos de aprendizaje formales requieren de encuadres claros, precisos y secuenciados a fin de facilitar los aprendizajes correspondientes. Si alguien se escapa de lo previsto en la planificación, corre el riesgo de ser amonestado o ignorado.

Ahora bien, la pulcritud de la planificación didáctica no solo ilusiona con facilidad, sino que crea ritmos artificiosos y ajenos a la cadencia del vivir cotidiano del estudiantado que se autoorganiza mientras oscila entre el orden y el caos, entre la concentración y la distracción. Esto nos ayuda a comprender el porqué, de manera casi inexorable, los procesos de enseñanzas y de aprendizajes pierden su frescura y plasticidad, al tiempo que se vuelven inflexibles y normativos, que entorpecen que el profesorado gane experiencia desde su docencia cotidiana y facilitan que se vuelva repetitiva, y se pierde con ella la viveza del vivir y del compartir lúdico y ameno. No se trata de acumular vivencias para tener muchas experiencias, puesto que en la mayoría de los casos no son más que sobreestimulación que confunde, satura y hastía (Douceff, 2021; Narvaez y Bradshaw, 2023). En rigor ninguna experiencia sobra, pero lo fundamental es qué es lo que hacemos con ellas y cuáles son los contextos en los que se experimentan.

Las experiencias docentes y de vida que me han moldeado en los que *estoy-siendo-ocurriendo*, enriquecidas por la investigación etnográfica desde hace décadas (Calvo, 2018), me han enseñado redundantemente que estamos dotados para aprender y para hacerlo bien y lúdicamente, aunque siempre todo proceso de aprendizaje será imperfecto, pero capaz de autorregularse para mejorar. Además, aquellas imperfecciones, equivocaciones o yerros pueden sorprendernos con algún aporte inesperado y novedoso, que darán pie para la creación de relaciones insospechadas. De este modo, el proceso se puede ramificar sin límite, lo que requiere que el profesorado acoja estos procesos, sin eludir sus complejidades y deficiencias, a fin de favorecer la posible germinación de ideas innovadoras y originales que pueden ser el punto de partida de hallazgos alucinantes y sorprendentes. Lo que sí debemos evitar es que se vuelvan complicaciones que nos enmarañan y entorpecen nuestras tareas.

Debemos atender que estamos ante un oxímoron deslumbrante que da cuenta de una peculiaridad

primordial de estos procesos: su perfecta imperfección o, si se quiere, su *imperfecta perfección* (Calvo, 2025).

Experiencias en Índice

Los eventos facilitan los encuentros entre personas, cada uno(a) con su historia de vida colmada de subjetividades paradójales y contradictorias, pero dispuestas a los desafíos de los diálogos intersubjetivos. Desde ella escuchamos, vemos e interpretamos lo que se relata sobre las prácticas pedagógicas, las reflexiones que provocan y las sugerencias que proponen. Le atribuimos sentido y valor; las aceptamos como referentes o las minimizamos o rechazamos, pero de todas ellas aprendemos algo. Qué aprende cada uno es un misterio que, sin embargo, enriquece la vida de cada participante. Lo más valioso, según mi parecer, salvo presentaciones formales —conferencias o ponencias— excepcionales que nos muestran lo que no habíamos considerado hasta ese momento, reside en los encuentros informales, como cuando degustamos un refrigerio y conversamos con quien está a nuestro lado. El azar nos regala oportunidades únicas para que aparezca el comentario sutil que ilumina y perdura. Lo interesante es que aquello se da en medio de disquisiciones baladíes que a lo más ayudan a contextualizar o a confundir. Nada en esos encuentros se puede planificar racionalmente, aunque si se puede organizarse para que lo fortuito pueda sorprender. En este contexto, me parece que las experiencias en los

encuentros auspiciados por Índice han enriquecido el diálogo educativo al favorecer los intercambios formales e informales entre los participantes.

Listado de referencias

- Calvo, C. (2025). *La perfecta imperfección de la educación, no de la escuela*. La Serena: Nueva Mirada Ediciones.
- Calvo, C. (2023). Espejismos escolarizantes en contextos de uniformidad. *Estudios Pedagógicos*, 49 (Especial), 351–360. <https://doi.org/10.4067/S0718-07052023000300351>
- Calvo, C. (2018). Entrelazamiento de mi formación como etnógrafo con la de educador. En Assaél, J. y Valdivia, A (Eds.). *Lo cotidiano en la escuela: 40 años de etnografía escolar en Chile* (pp. 171-186). Santiago: Editorial Universidad de Chile.
- Doupleff, M. 2021. *El arte perdido de educar: recuperar la sabiduría ancestral para criar pequeños seres humanos felices*. Editorial Grijalbo.
- Narvaez, D. y Bradshaw, G. A. (2023). *The Evolved Nest: Nature's Way of Raising Children and Creating Connected Communities (English Edition)* [Kindle iOS version].

